

Un magnífico libro-álbum fallido

El edificio

JAIRO BUITRAGO (guion)

DANIEL RABANAL

(ilustraciones)

Babel Libros, Bogotá, 2014, 50 pp.

El EDIFICIO fue ganador, en 2014, de una beca y un premio otorgados por los ministerios de Cultura y de las TIC a un “libro ilustrado: álbum, cómic o novela gráfica”. Fue publicado en dos versiones: impresa y digital, lo que resulta sumamente interesante para comparar lo que va de un libro analógico (plano, textual) a uno multimedia.

Comencemos el análisis de la obra por el *récit*. En la carátula del libro aparece un edificio de tres pisos que se destaca por el color, a diferencia de los que están al lado, grises. Haciendo un acercamiento vemos, con más detalle, que en el primer piso se ubica la Relojería Levin. Observamos un carro Studebaker y dos hombres de sombrero que se cruzan frente al edificio. A continuación, la guarda de apertura muestra una doble página espléndida con un teatro nocturno, en estilo art déco (extratextualmente sabremos que es el Teatro San Jorge, uno de los más lujosos en la Bogotá de los años cuarenta), que anuncia la película *María Antonieta*. Se observan carros lujosos y personas vestidas para una gala nocturna. En la guarda de cierre, el mismo teatro aparece literalmente destruido. La relación entre la carátula y la guarda inicial no queda explícita.

Este libro-álbum se divide en tres partes. La primera cubre desde el momento en que vemos a un hombre de sombrero, gabán y maletín llegar a una estación de tren (el lector deberá inferirlo: la Estación de la Sabana, en Bogotá), probablemente a finales de los años cuarenta del siglo pasado, hasta cuando ese hombre, varios años después —dos décadas por lo menos—, ya canoso, saluda amablemente a una señora. En esta sección sabremos que ese extranjero, el señor Levin, es relojero y que vino a probar suerte a “la ciudad”. La señora es Blanca, su vecina. En las páginas interiores nos enteraremos de que es maestra, soltera, y que vive en el tercer piso. El segundo

piso, a lo largo de esos años, será inestable en cuanto a sus habitantes. Así lo confirma uno de los textos: “... El tiempo que va cambiando a la gente, a los vecinos”. En esta sección del libro se muestra también el céntrico barrio La Favorita, para la época una de las zonas burguesas de la capital, que sufrió el colapso de la revuelta popular del 9 de abril de 1948. En un plano frontal recurrente (aparece tres veces en el libro), que incluye la cuadra donde está la Relojería Levin, vemos que uno de los edificios esquineros está en reconstrucción, probablemente luego de ser incendiado. En esta parte el interés se centra en Levin, el relojero, y en su entorno, sin contarnos nada de su vida anterior a la llegada a Bogotá. Una ilustración soberbia, evocadora de la quietud y el notorio provincianismo de la ciudad, muestra en medio de la noche los apartamentos de Levin y la señora Blanca, los únicos que están iluminados en el edificio.

En la segunda sección estamos en los años sesenta. El plano frontal de doble página ahora deja ver que la cuadra ha cambiado (el edificio esquinero, antes en construcción, ahora se ha convertido en la Panadería-Pastelería La Favorita), si bien la edificación de la relojería de Levin sigue igual. Los cerros de Bogotá —la poderosa identidad de ciudad paramuna— son resaltados por Daniel Rabanal. El tiempo, representado en los relojes de Levin, sigue avanzando. “Van y vienen, como el viento, los vecinos”, dice una de las viñetas. Ahora aparece un aviso de “se arrienda” en el segundo piso. En esta parte las ilustraciones nos muestran diversos cambios. La presencia relevante de las mujeres con ropas más atrevidas, hombres menos machistas que llevan a los niños en brazos y la presencia de un bus de Transportes Rápido Duitama, que da indicios de la desaparición del tranvía. Las ilustraciones centrales de esta sección nos dejan ver, consecutivamente, a Levin atendiendo a un cliente en la relojería y a la señora Blanca mirando, a través de la ventana, la pertinaz lluvia bogotana, mientras toma una bebida caliente. Estremecedora es la imagen del tejado del edificio con las primeras conexiones piratas de electricidad, mientras a lo lejos se ve la cúpula de la basílica del Voto Nacional. Ya hay señales de

deterioro en el barrio: la bella construcción lateral al edificio de Levin ahora es un hotel en ruinas con pinta de inquilinato. Hay más comercios y nuevas marcas de autos atraviesan la cuadra. Esta sección finaliza con un Levin anciano subiendo la persiana de su local, al tiempo que despide a su vecina de décadas, la señora Blanca. En el andén se aprecia a un joven con pinta de hippy y otro camión con un nuevo trasteo y nuevos inquilinos para el apartamento del segundo piso.

En la tercera y última sección de *El edificio* hay una elíptica transición temporal marcada por la ruptura con la monocromía: ahora hay color en las imágenes para presentar al lector, al fin, el lugar más preciso donde vive Levin. Vemos la placa con el número 17-25. Si bien no se da a conocer la calle, ya señalar la carrera nos ubica de manera firme en el espacio: Bogotá, sus barrios del centro. Estamos ahora en el lapso de finales de los años setenta y comienzos de los ochenta. La vejez de Levin se ha acentuado y tenemos aquí la presencia de un niño travieso, Iván, que dinamiza la letárgica vida del edificio: encuentra unos ratones en un trastero y los convierte en sus mascotas. Para él no resultan repulsivos, ni luego para Levin, a quien el niño confía su secreto. Un día Iván escoge de vivienda para sus ratones los zapatos de doña Blanca. Ella, ya anciana, desolada, se queja ante Levin. Este llama a Iván al orden. En un gesto llamativo de solidaridad con su vecina, el empobrecido Levin saca uno de sus relojes antiguos y arrastra a Iván para que lo acompañe a una prendería. Luego de empeñar el reloj, se dirigen a los comercios del centro (¿San Victorino?) y le compran a doña Blanca otros zapatos que Iván secretamente deja en su puerta (una frase dicente acompaña la ilustración: “Siente que ha empezado a entender algunas cosas de la vida”). Luego el niño sale con Levin hacia la zona verde aledaña a la iglesia de San Façon y dejan los ratones en un caño. En la penúltima imagen del libro, vemos a doña Blanca salir contenta del edificio. Hay que destacar el valor documental de las ilustraciones de Rabanal en esta última parte del libro, que rompe con el intimismo espacial de las dos partes anteriores, y vemos cómo una agitada

RESEÑAS		LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL
<p>cámara de cine nos hace un travelling exterior del dinámico y caótico centro de la ciudad, con avisos publicitarios llamativos, un trolebús, vendedores ambulantes, calles con huecos, y mucha gente.</p> <p><i>El edificio</i> es un proyecto que reúne a tres reconocidos artistas con experticias diferentes: Jairo Buitrago realizó el guion, Daniel Rabanal las ilustraciones y María Osorio el proceso de maquetación, edición y producción editorial. Ello nos da idea de la complejidad —además de los costos económicos— de la elaboración de un álbum. Jairo Buitrago (Bogotá, 1973) fue conocido en América Latina cuando ganó en 2007, con Rafael Yockteng, el concurso A la Orilla del Viento con un álbum estremecedor: <i>Camino a casa</i>. Es también autor de <i>Días de rock de garaje</i> (2012) y coautor de <i>El niño en el hotel al borde de la carretera</i> (2014). Daniel Rabanal (Buenos Aires, 1949) vivió muchos años en Colombia y es de los pocos extranjeros que conocen el país con gran detalle, en lo mejor y en lo peor. Es conocido por sus ilustraciones de libros clásicos de la literatura infantil colombiana (<i>El terror de Sexto "B"</i>, <i>La muda</i>), pero hay que recordar que además es un gran historietista (inolvidable <i>Las aventuras de Gato</i>) y caricaturista (sus ácidas viñetas de denuncia aparecieron en la segunda época de la revista <i>Cambio</i>, cuando el conflicto armado y la derechización del país bordearon la desmesura). María Osorio, entre tanto, es arquitecta y la directora de Babel Libros, y una de las más calificadas editoras colombianas contemporáneas. Ha editado, entre otros, espléndidos libros de Ivar Da Coll, Marina Colasanti, María Teresa Andruetto, Francisco Montaña, y también de Buitrago y Yockteng (<i>Emiliano y Eloísa y los bichos</i>).</p> <p>Sin duda en un encuentro de este tipo —en el que se tuvieron que poner de acuerdo tres personas para la realización de <i>El edificio</i>— surgen las tensiones, que no necesariamente son problemáticas sino, al contrario, pueden impulsar la creatividad. La primera tensión que encuentro es: ¿qué dice el texto, qué dice la imagen y qué debe aportar el lector? Este es un dilema central que siempre nos plantean los álbumes, sobre todo los que son dirigidos a los niños. Y esto por-</p>	<p>que ellos son lectores en formación, heterónomos, que dependen del apoyo del mediador para la comprensión de los textos. Como lo señaló Vygotsky en <i>La prehistoria de la lengua escrita</i> (Crítica, 2003, p. 168), después del gesto y del juego, la ilustración —antes que la escritura alfabética— es la primera forma de descentración de los niños al construir la realidad. Aprender a leer las ilustraciones de mano de los adultos es una de las tareas básicas que los niños abordan en la primera infancia y en preescolar.</p> <p>Las ilustraciones de <i>El edificio</i> son memorables, lo mejor del libro, como lo advirtió Elkin Obregón (<i>Universo Centro</i> n.º 70, octubre de 2015). La reconstrucción en detalle del ambiente de la época debió requerir un esfuerzo arduo. Para lograrla, Rabanal contó —según indica la tabla de créditos— con el apoyo investigativo de una periodista y dos fotógrafos. Fascinantes son las nubes grisesas de Bogotá, los cerros orientales que guían al visitante o al nativo y disponen a un estado espiritual de recogimiento, la eterna llovizna que según Luis Fayad, en <i>Los parientes de Ester</i>, sirve de cortina a nuestro fracaso. Drásticos y enunciativos son los contrastes que logra revelar: los cambios en las modas, el empoderamiento de las mujeres en los años sesenta, el brutal paso del tiempo en una ciudad que cede a un caótico progreso antes que a su memoria. El cuidado en el script y en la cohesión de la narración visual demuestra la madurez en la técnica de Rabanal y su sello de identidad como ilustrador.</p> <p>El problema que hallo es que las imágenes por sí solas no ayudan a dotar al libro de una gran potencia estético-narrativa, pero culpar a Jairo Buitrago sería injusto. En el fracturado diálogo entre las imágenes y el texto pierde el niño lector. Y esto porque <i>El edificio</i> plantea al receptor del texto una exigente competencia enciclopédica previa que limita su rango de interpretación. Los niños tendrán dificultad para valorar la calidad del libro si no son bogotanos, si no han vivido —con hondura, con dolor, con nostalgia— el centro de la ciudad, y si su “memoria involuntaria” (en jerga de Proust) no se pone en acción al momento de leer el libro. Un niño —incluso un lector adulto que no</p>	<p>tenga la competencia enciclopédica señalada— resumirá la historia diciendo que se trata de un señor extranjero que tiene una relojería, que esta se queda en el mismo lugar de la ciudad por muchos años, que el relojero tiene una vecina a la que saluda, pero con la que no tiene ninguna relación afectiva particular, y que al final un niño encuentra unos ratones en el edificio donde viven el relojero y su vecina, y comete una pilatuna.</p> <p><i>El edificio</i> queda atascado en el embudo de no ser varias cosas: no es un libro para niños, pues este no es el lector implícito; es un álbum que no lo es completamente, y no logra sintetizar la intención del guionista (Jairo Buitrago), que es dar un grito de rabia contra el paso del tiempo y la pérdida del sentido de la niñez. El libro tiene problemas básicos: no hay un personaje fuerte con el que el lector sienta gran empatía, los picos de la trama son mínimos (¿cuando Iván le quita los zapatos a doña Blanca para meter los ratones en ellos?), y el final es de una gran debilidad: carece del vigor moral que tienen <i>Camino a casa</i> y <i>Eloísa y los bichos</i>.</p> <p><i>El edificio</i> es un magnífico ejemplo de un libro fallido que merece toda mi admiración.</p> <p style="text-align: right;">Carlos Sánchez Lozano</p>